

## CAPÍTULO XXII

---

### Lo que hizo el Padre Champagnat en pro de la instrucción primaria de los niños y la adecuada disciplina escolar

El espíritu de Dios, que guiaba al Padre Champagnat en la fundación de su Instituto, le dio a entender que la educación impartida por los Hermanos sólo podía ser eficaz si respondía, en lo posible, a las necesidades y exigencias de nuestro tiempo.

Y la primera de esas necesidades es mantener al niño mucho tiempo en la escuela para apartarlo del contagio de los malos ejemplos que encuentra a cada paso hasta en el mismo seno de su familia.

Una de las mayores exigencias de nuestra época es pretender que el maestro ofrezca una enseñanza muy amplia e inicie al alumno en una gran variedad de conocimientos, que la opinión pública considera muy importantes, aunque, en realidad, de poco le van a servir al niño; incluso, a veces, pueden resultar nocivos por el mal uso que hace de ellos.

En esa situación, el piadoso Fundador comprendió que, aun dando a la religión el rango que le corresponde en la educación, era indispensable que las escuelas de los Hermanos no desmereciesen en cuanto a seriedad y organización en los estudios. Así las preferirían los padres, tanto por garantizar a sus hijos una sólida instrucción primaria, como por la seguridad de proporcionarles una educación eminentemente cristiana.

Por eso no dudó en incluir en el programa de enseñanza de los Hermanos todos los conocimientos<sup>1</sup> relacionados con la enseñanza primaria. Llegó, incluso, a establecer que todos los centros importantes del Instituto tuvieran una clase donde se enseñaran todas esas materias. Bastaba que hubiera un número suficiente de alumnos interesados para que la congregación se comprometiera a proporcionar un Hermano para impartir estas materias.

No se le ocultaban los peligros que una instrucción tan elevada podía suponer para chicos destinados, en su mayoría, a la agricultura o a profesiones industriales. Pero también se daba cuenta de que vivimos en un siglo en que el hombre está ansioso de ciencia, que los malos, instigados por el enemigo de la salvación, aprovechan este afán de saber, que invade al hombre, para captar a los niños, y, con el pretexto de ofrecerles enseñanza primaria, les inculcan sus perniciosas doctrinas y les hacen perder la fe y las buenas costumbres. Por eso no tuvo dificultad el Padre Champagnat en pasar por alto los inconvenientes que las ciencias pueden presentar. Estos inconvenientes que atenúa o elimina una sólida educación cristiana, son indudablemente mucho mayores sin aquel atenuante en las escuelas regidas por maestros laicos y mercenarios<sup>2</sup>.

Su primera preocupación era atraerse a los niños. Ahora bien, para conseguir que abandonasen aquellas escuelas, tenía que ofrecerles una enseñanza tan completa como la que les impartían los maestros laicos. No ignoraba que si la enseñanza de las ciencias profanas tiene algunos inconvenientes, ofrece, en cambio, la ventaja de ocupar al niño, de retenerlo más tiempo en clase y preservarlo así de la ociosidad, apartarlo de las malas compañías y demás ocasiones peligrosas que diariamente se le presentarían si, en lugar de estar en la escuela, viviera a su aire y pasara la juventud en la ociosidad.

Efectivamente, la ocupación y el estudio serio, al preservar al niño de las pasiones peligrosas, conservan su fe, piedad y virtud. Los conocimientos que va adquiriendo lo ayudan a desarrollar sus facultades intelectuales y le preparan a recibir con más facilidad los principios religiosos y a ponerlos en práctica.

Para que una clase progrese y sea sólida la enseñanza que en ella se imparte, el maestro necesita a toda costa la colaboración de los alumnos: lo que hace por sí mismo,

con su abnegación y sus lecciones, es muy poco; lo que consigue que realicen los alumnos por el estudio, la aplicación y el trabajo personal, lo es todo. La clave consiste, pues, en lograr la participación voluntaria de los alumnos. Para lograrlo, el Padre Champagnat consideraba la emulación como medio seguro y eficaz; y quería que los Hermanos hicieran todo lo posible para lograrla y mantenerla.

No se conformaba con una emulación entre los alumnos de una misma clase o del mismo centro. Quería también que se premiara entre todos los alumnos de las escuelas dirigidas por los Hermanos. Por eso organizó un concurso general de caligrafía. Al acudir al retiro anual, cada profesor<sup>3</sup> debía llevar el primer ejercicio que había dado a sus alumnos al comienzo del curso escolar, y el último realizado antes de las vacaciones. Una comisión, compuesta por los Hermanos más capacitados, cotejaba ambas muestras, comprobaba los progresos de los alumnos de cada centro, y clasificaba a estos por orden de méritos.

Para estimular a maestros y alumnos, el Padre había establecido dos tipos de premios: uno para los Hermanos cuya clase se había clasificado en los primeros puestos, y otro para los alumnos que más progreso habían demostrado a lo largo del curso escolar y que tenían la escritura más bella. Ni que decir tiene que se habían adoptado precauciones para evitar cualquier trampa.

Otro medio empleado por el Padre Champagnat para conseguir calidad en la enseñanza, progreso en los alumnos y seguridad de que se impartía instrucción religiosa y educación cristiana, fue la visita anual a las escuelas.

Si alguna clase andaba floja, no se conformaba con visitarla una sola vez; repetía la visita cada tres o cuatro meses. Además, en cada zona había un Hermano encargado de inspeccionar las escuelas. Este Hermano debía visitar cada dos meses las clases de su distrito<sup>4</sup>, y enviar un informe detallado de las mismas al Superior.

Por buenos que fuesen los resultados de las visitas y demás medios adoptados por el Padre para estimular el celo de los Hermanos y la emulación de los alumnos, comprendía que todo ello resultaba insuficiente, que lo esencial era tener maestros capacitados. Es indecible el trabajo que se impuso para lograrlo.

Él mismo les daba lecciones de lectura, ortografía, aritmética, historia, geografía y canto. Con frecuencia llegaba incluso a emplear tiempo del recreo para formarlos en alguna de estas disciplinas. No satisfecho con darles los rudimentos de esas distintas áreas, les enseñaba también como transmitir las a los niños, y los formaba asimismo en la metodología de la enseñanza.

El método simultáneo, creado por el venerable señor de La Salle, le pareció el mejor; por eso mandó a sus Hermanos que lo adoptaran. Y, para que se ejercitasen en él, llamó a un maestro que lo conocía a la perfección.

El Padre Champagnat, cuando era niño, tuvo enormes dificultades para aprender a leer<sup>5</sup>. Luego, reflexionando sobre las causas de tales dificultades, llegó a la conclusión de que provenían de la ineptitud de los maestros y la deficiencia del método de lectura que por entonces se empleaba.

Tras mucha reflexión y análisis del problema, después de muchos tanteos y de experimentar los diferentes sistemas o métodos de esa enseñanza, se confirmó en que la vieja denominación de las consonantes y el consiguiente deletreo multiplicaban las dificultades de la lectura y retrasaban el aprendizaje de los alumnos. Con tal experiencia, parecería normal que desechara inmediatamente un método considerado defectuoso. Pero desconfiando de sus propias luces, antes de decidirse a introducir cambio alguno en asunto de tanta importancia, quiso conocer la opinión de personas sensatas y más capacitadas. Todas ellas, después de haber estudiado seriamente el asunto, fueron de su mismo parecer. Entonces se decidió, a pesar de las numerosas protestas de

algunos Hermanos, a romper con la inercia, adoptando en las escuelas de su congregación un método más rápido y racional, cuya teoría y práctica condensó en un librito titulado *Principios de lectura*<sup>6</sup>, que compuso en colaboración con los Hermanos más preparados.

\* \* \*

El buen Padre Champagnat amaba tiernamente a todos los niños, pero sentía especial predilección por los más pequeños, a los que llamaba “angelitos” por su inocencia. Cuando hablaba de la clase elemental<sup>7</sup>, no paraba, y decía que era la más importante<sup>8</sup>. Bajaba a los detalles más insignificantes cuando hablaba del esmero con que deben exponérseles las nociones básicas de la religión, inculcarles la piedad, el amor a la virtud y aligerarles las dificultades de la lectura.

Preguntó un Hermano por qué consideraba que la clase elemental era la más importante. Le respondió: “Por cinco razones:

1. Porque todo el éxito de la educación que recibe un niño depende casi siempre de las primeras lecciones que recibe. Para dar a entender esa verdad, san Jerónimo<sup>9</sup> se vale de dos comparaciones tan acertadas como exactas. La lana, dice, nunca pierde totalmente el color con que se tiñó la primera vez. Y la vasija de arcilla mantiene mucho tiempo el sabor y olor del primer licor que guardó. Pues de igual modo –añade el santo doctor–, las primeras impresiones recibidas en la infancia difícilmente se borran, y los hábitos adquiridos en esa tierna edad pocas veces se cambian. Por eso, si los niños adquieren desde párvulos buenas costumbres y sentimientos nobles, los conservarán toda la vida.

2. Porque en muchos pueblos, la educación de la mayoría de los niños se reduce al nivel elemental. Luego dejan la escuela para irse a trabajar, o si pasan a la clase superior<sup>10</sup>, permanecen en ella poco tiempo.

3. Porque el éxito de las demás clases depende de la elemental. Si en ella reciben los niños buenos principios, si se los forma correctamente en la piedad y la lectura, no les costará demasiado aprender de memoria las lecciones que tengan que estudiar más tarde. Saldrán airosos en las demás partes de la enseñanza primaria y llegarán a ser excelentes alumnos. Por el contrario, si acaban la primera clase sin haber aprendido a leer, sin saber las oraciones, sin las nociones básicas de la religión, darán muchísimo trabajo a los profesores de las clases sucesivas, y aun así, serán siempre y en todas partes los últimos. Es más, sucederá que después de haber permanecido en la escuela ocho o diez años, admitidos por fin en el grado superior, seguirán flojos en todos los contenidos esenciales de la enseñanza primaria: en caligrafía, ortografía, aritmética, e, incluso, en lectura, ya que no han recibido formación adecuada desde la base. De donde se deduce que, si el Hermano responsable de la clase elemental no desempeña debidamente su cometido, frena el progreso del centro y pone en serio compromiso toda la tarea educativa de los niños.

4. Porque estos niños, por su inocencia, son muy queridos por Dios y atraen sus bendiciones sobre la escuela.

5. Porque el Hermano encargado de esa clase necesita mucha caridad, celo, paciencia y abnegación para repetir continuamente las mismas lecciones, para ponerse al alcance de los más pequeños, para mantenerlos disciplinados y hacerles trabajar sin castigos ni excesiva severidad. Por eso, el Hermano que no sabe volverse niño, que no gusta de repetir las mismas cosas, que prefiere estar siempre avanzando, no es apto para una de estas clases. Pues el medio más seguro de garantizar los progresos de los principiantes es adoptar un lenguaje comprensible a su débil inteligencia, volver a menudo sobre lo aprendido y aplicarse a consolidar los conocimientos más que pretender ampliarlos.

Conforme a este principio, tan importante, el Hermano debe repasar frecuentemente las lecciones ya explicadas, lo que los niños han aprendido o recitado. Y para que tales

repeticiones no roben demasiado tiempo, ha de recabar ayuda de los alumnos más adelantados. Por ejemplo, cuando ha hecho leer a los alumnos en el panel de lectura, confiará a un monitor la tarea de hacer repetir esa misma lectura mientras él se ocupa de la de los principiantes. Luego hará lo mismo con las demás lecturas. Para las oraciones y el catecismo seguirá el mismo método.

Así es como el piadoso Fundador combinaba, sin advertirlo, el método simultáneo con el (modo<sup>11</sup>) mutuo, tomando lo mejor de éste para perfeccionar aquél. De ese modo iba preparando a los Hermanos para adoptar definitivamente más tarde el método simultáneo-mutuo.

La importancia que daba a las clases elementales lo llevó también a recomendar con tanto ahínco a los Hermanos Directores<sup>12</sup> que las atendieran con sumo esmero: visitarlas al menos quincenalmente, estar informados de los adelantos de los niños, encargarse personalmente de los cambios de sección y, sobre todo, formar a los Hermanos responsables de las mismas y no descuidar medio alguno para inculcarles las virtudes cristianas y sentimientos paternales, medio único de educar a la infancia.

\* \* \*

El Padre Champagnat, siempre preocupado por los intereses de la religión, se dio cuenta de que en los pueblos, con excesiva frecuencia, se celebraban mal las funciones litúrgicas por falta de cantores. Pensó que enseñar a los niños el canto gregoriano era un modo de contribuir eficazmente a la gloria de Dios, a la edificación de la gente y a la solemnidad de los oficios, al tiempo que formaba y preparaba cantores para las parroquias. No se equivocó. Los señores curas vieron con mucha alegría la introducción del canto llano en las escuelas, y así se lo manifestaron.

“Bendito sea Dios –le escribía uno de ellos–, que le ha hecho comprender las necesidades más apremiantes de nuestra época y le ha inspirado el modo de remediarlas. Por la enseñanza del canto, sus Hermanos prestarán grandes servicios a los párrocos, despertarán y renovarán la piedad de los fieles, atraerán a muchos a las celebraciones e infundirán en los niños aprecio y gusto por las ceremonias de la Iglesia.”

Otra razón por la que se propuso el Padre Champagnat introducir el canto en las clases fue atraer a los niños a la escuela y encariñarlos con ella por el gusto puro e inocente que el canto<sup>13</sup> proporciona, mantenerlos alegres y contentos, hacerles saborear los encantos de la virtud, instruirlos agradablemente en las verdades de la religión, inspirarles sentimientos de piedad y desterrar las canciones profanas. Efectivamente, el canto produce todos esos efectos cuando se enseña debidamente a los niños.

En los comienzos del Instituto, el canto estaba lejos de formar parte de los programas de enseñanza primaria. Más tarde se incluía; pero cabe al Padre Champagnat la gloria y el mérito de haber sido el primero en introducirlo, al menos en las escuelas rurales<sup>14</sup>.

\* \* \*

Otro asunto que preocupó mucho al Padre Champagnat fue la disciplina escolar. Pero para no alargarnos demasiado en este aspecto, vamos a limitarnos a transcribir algunos de sus pensamientos acerca de los dos puntos más esenciales en dicha materia: su necesidad y la característica fundamental de una buena disciplina.

“La disciplina –decía– es la mitad de la educación del niño; sin ella, la otra mitad resulta casi siempre inútil. Efectivamente, ¿de qué sirve que un niño sepa leer y escribir, que haya aprendido el catecismo, si no sabe obedecer, ni comportarse debidamente; si no ha adquirido el hábito de dominar sus malas inclinaciones y de seguir la voz de su conciencia? A qué se debe que los hombres sean hoy tan inconstantes, sensuales, incapaces de privarse de nada, ni soportar nada contrario a la naturaleza? Es que no les han acostumbrado a ello desde la niñez, se les ha dejado excesiva libertad, no les han enseñando a dominarse, a violentarse y luchar contra las malas inclinaciones.

La disciplina es el cuerpo de la educación, la religión es su alma. Ahora bien, así como por su aspecto exterior se puede deducir el interior del hombre, del mismo modo por la disciplina podemos catalogar a un centro educativo.

Una disciplina firme impresiona, agrada a todos, merece el aprecio y la confianza de la gente y basta con frecuencia para prestigiar a una escuela y atraerle alumnos.

Es preferible un Hermano con disciplina en clase, aunque apenas sepa hacer otra cosa, que otro muy capacitado, pero que no da importancia a la disciplina o que no es capaz de implantarla. El primero, con una prudente disciplina, al menos enseña a los niños a obedecer, que no es poco. Porque la mayor plaga de nuestro siglo –y en eso todo el mundo está de acuerdo– es el espíritu de independencia. Cada uno, según su capricho, se cree más apto para mandar que para obedecer: el hijo se resiste a obedecer a sus padres, los súbditos se rebelan contra su soberano, la mayoría de los cristianos desprecian la ley de Dios y de la Iglesia; en resumidas cuentas, por doquier reina la insumisión. Así pues, se presta un servicio precioso a la religión, a la Iglesia, a la sociedad, a la familia y, sobre todo, al niño, sometiendo su voluntad y enseñándole a obedecer.

Otra ventaja de la disciplina, casi tan importante como la primera, es favorecer el trabajo, manteniendo ocupado al niño y librándolo de la ociosidad, que es madre de todos los vicios<sup>15</sup>. Cuando reina el orden en una clase, el niño se ocupa en sus lecciones y deberes, aprecia el estudio, se encariña con la escuela, se entrega totalmente a la tarea de su propia educación y ni siquiera tiene tiempo de pensar en el mal. La paz y el orden en que vive lo hacen dócil, respetuoso con sus maestros, complaciente, servicial con sus discípulos, honrado, afable y bondadoso con todos. Huelga decir que la catequesis sólo se dará bien y la piedad sólo reinará en las aulas donde haya disciplina.

En cambio, el otro Hermano, con toda su ciencia, ¿qué servicio presta a los niños? No sabría decirlo, pero estoy convencido de que muy poco. Dudo, incluso, de que valga la pena que los niños asistan a clase. Quizá fuera preferible que se quedaran en casa.”

\* \* \*

Un día, después de visitar las clases de una escuela, mandó llamar al Hermano Director y le dijo:

- ¿Cómo consiente que los niños se peguen en clase?
- Que yo sepa, mis alumnos no se pegan en clase.
- Pues se pegan y usted ni se entera. Y no es extraño que sucedan en ella muchas cosas sin que usted se dé cuenta. Como no tiene disciplina y hay tanto ruido, ni se entera del grandísimo desorden ni de si hay faltas graves.
- ¿Sabe que sus alumnos pueden hacer mucho mal sin que usted se dé cuenta?
- ¡Líbreme Dios de que eso ocurra! Pero, en cualquier caso, mi conciencia no me acusa de tener yo la culpa de ello.
- Pues la tiene, y más de lo que piensa.
- ¿Por qué, Padre?
- Porque con su proceder está provocando constantemente el desorden en el aula y no hace nada para imponer disciplina. Siembra el desorden en su clase no quedándose en la cátedra, perdiendo así de vista a los niños, amonestando con palabras en vez de hacerlo con la chasca<sup>16</sup>, dando voces y hablando sin necesidad, castigando demasiado y pecando por exceso de campechanía. No hace nada por implantar la disciplina: descuida la puntualidad y el orden, y no exige que los alumnos se presenten a la hora exacta; no se preocupa por pedir las tareas y lecciones; permite que los niños salgan de sus puestos; no le importa el silencio: por eso se oye un murmullo y ruido continuos. Con

este ruido y dispersión, es imposible que le escuchen cuando da la catequesis, que sus alumnos recen piadosamente e, incluso, que puedan trabajar. Ahora bien, si no escuchan durante el catecismo, si no rezan, si no están ocupados, ¿qué van a hacer? Contagiarse los defectos, enseñarse el mal: lo que he podido ver esta tarde es una prueba inequívoca.

- En tal caso, lo mejor que puedo hacer es cerrar la clase.

- Una escuela indisciplinada es el azote de la parroquia; mejor que no existiese. Sin embargo, más que cerrarla es preferible reorganizarla, imponer en ella la disciplina. Y cuanto antes, mejor.”

“La disciplina -decía en otra ocasión- no se consigue sin trabajo, pues tal vez sea lo que el niño teme más. Las lecciones, las tareas escolares se le hacen más llevaderas que la disciplina. Casi siempre llega a aceptarlas, y a menudo con gusto. Pero el orden, la reglamentación le resultan pesadas; y lo primero que hace, cuando puede, es sacudírselas de encima. Y es que la disciplina va siempre contra la naturaleza y mantiene a raya todas las facultades y sentidos del niño. En ello radica precisamente su importancia y necesidad.

Para implantar y mantener la disciplina en un aula, dos cosas son imprescindibles a un maestro: carácter y constancia. Quienes carezcan de estas cualidades no sirven para la educación de los niños.

El carácter no es algo que pueda adquirirse, porque no puede cambiarse la naturaleza humana. A lo más se podrán atenuar sus inconvenientes y tristes consecuencias, siguiendo con gran docilidad los consejos y advertencias del Superior, manteniendo con exactitud el método de enseñanza y reglamento de la escuela y vigilando atentamente a los niños para darse cuenta de cuanto hacen y prevenir sus faltas. Estos medios valen también para corregir la inconstancia.”

\* \* \*

Como se habrá podido comprobar, el Padre Champagnat era partidario de una disciplina exigente, ya que es fundamental en la educación y sin ella es imposible formar al niño; pero quería que tal disciplina fuera paternal.

“La finalidad de la disciplina -decía- no es contener a los niños en su deber por coacción o temor del castigo, sino preservarlos del mal, corregirlos de sus defectos, formar su voluntad, orientarla suavemente hacia el bien, ir acostumbrándolos al orden y a la virtud por motivos religiosos, por amor al deber.” Por eso alzó tanto la voz contra el abuso de los castigos aflictivos, tan generalizado por entonces, y recomendó tanto a sus Hermanos que se abstuvieran de aplicarlos.

“¿Acaso se puede educar a un niño e inspirarle el temor a la virtud a palmetazos? Imposible. Sólo la razón y la religión logran mover el espíritu y ganar el corazón para el bien, no los castigos. Es curioso que se pretenda utilizar en la educación del niño un sistema que ni siquiera se nos ocurriría emplear con los animales. Cuando se los quiere domar o amaestrar, se pone sumo cuidado en no maltratarlos. Al contrario, se los trata con suavidad, se los acaricia y se emplea el freno con prudencia y precaución. Con pruebas y ejercicios, muchas veces repetidos, con paciencia, se les va haciendo dóciles y aptos para lo que se pretende de ellos. Y al niño, creado a imagen de Dios, dotado de razón y libertad, generalmente lleno de buena voluntad, de las mejores disposiciones y deseos de obrar bien, ¿habría que educarlo por la fuerza bruta?

Semejantes métodos educativos ofenden la dignidad de la persona, degradan al niño, hacen despreciable a quien los utiliza, introducen el desorden en la escuela, destruyen todo sentimiento de amor, aprecio, confianza y respeto que se deben mutuamente maestro y alumnos e inutilizan todas las atenciones prodigadas al niño.

Se me objetará, tal vez, que el Espíritu Santo recomienda castigar al niño y corregirlo cuidadosamente. Y que, además, el castigo es condición indispensable para conseguir la disciplina que hemos recomendado. Es verdad que el Espíritu Santo quiere que se corrija a los niños, que incluso lo considera como uno de los deberes de los padres y, por consiguiente, de quienes hacen sus veces o comparten su labor en la educación de la juventud. Pero castigar a los niños no quiere decir que haya que golpearlos, y en la Sagrada Escritura la palabra “castigar”<sup>17</sup> no significa necesariamente corrección aflictiva, sino cualquier penitencia.

Indudablemente, para mantener la disciplina hay que corregir las transgresiones al reglamento y cuanto se aparte del deber. Pero recordad que no se logra la sumisión de los niños mediante castigos corporales, sino por la autoridad moral, fruto de una conducta digna y siempre ejemplar, de una entrega ilimitada a su instrucción, y de un porte modesto, serio y sin altibajos. Mostraos siempre más bien padres que maestros: veréis cómo os respetan y obedecen sin mayor dificultad.

El espíritu de una escuela de Hermanos debe ser un espíritu de familia. Ahora bien, en una familia bien avenida, en una familia ordenada, predominan los sentimientos de mutuo respeto, amor y confianza y no el temor del castigo. La cólera, la brutalidad, el rigor son sugerencia del demonio para destruir los frutos de los buenos principios inculcados al niño. Y así como la cizaña sofoca la buena semilla, así los malos tratos ahogan los sentimientos nobles que las enseñanzas y buenos ejemplos han hecho brotar en el corazón del niño.”

Tan grave consideraba el buen Padre el abuso de ese tipo de castigos, que decía que un Hermano duro y violento, que maltrata a los niños con palabras o golpes, no sirve para la enseñanza; sólo vale para picapedrero o destripaterrones.

Para evitar los castigos corporales, el rigor excesivo y cualquier exceso en las correcciones, no quería que se castigase a los niños en el momento<sup>18</sup> en que cometían la falta, por temor a que la vehemencia, la irreflexión o cualquier otra reacción que puede suscitar el ver a un niño faltar a su deber, llevase a exagerar la culpabilidad y extremar así el castigo.

Tenía tal aversión a los castigos corporales, que para prevenir los que pudieran derivarse de un accidente o de una fogosidad involuntaria ordenó que el puntero que se utiliza para señalar las letras o dígitos en los paneles de lectura y aritmética, estuviese atado<sup>19</sup> con un cordelillo, de modo que no se pudiera pegar con él a los niños.

\* \* \*

Para implantar una disciplina exigente y paterna, tan necesaria para la educación del niño, “el maestro –decía el Padre Champagnat– ha de ejercer continua vigilancia. Pero no se pretende con ello únicamente garantizar el orden y lograr que los alumnos realicen las tareas escolares; se trata, ante todo, de prevenir el contagio del vicio y mantener la inocencia de los niños. Así considerada, la vigilancia es una cualidad indispensable en un maestro. Sin ella el maestro no logra ningún bien; y la clase, que debiera ser para los alumnos escuela de virtud y medio de santificación, se convierte en motivo de depravación y causa de ruina y perdición eterna.

Un Hermano debe ser el ángel custodio de los niños. Dios le pedirá cuenta de ellos: las faltas de éstos le serán achacadas a él como faltas personales. ¡Ay de él si, por negligencia, permite que las ovejas sarnosas contagien al pequeño rebaño<sup>20</sup> que se le ha encomendado, o si, por falta de vigilancia, permite al enemigo de la salvación, que merodea continuamente alrededor de los niños<sup>21</sup>, arrebatarnos la inocencia bautismal, la vida de la gracia y sembrar la cizaña en su corazón! El solo pensamiento de tal desgracia debe estremecer a un Hermano y mantenerle en alerta permanente. No olvide que, si salvar un alma es salvar la suya, dejar perder un alma es perder la propia.

En los demás campos de la educación, si se carece de una cualidad, puede subsanarse con otra. Por ejemplo, la entrega y el celo pueden sustituir a una preparación excepcional. Pero ni la piedad ni la virtud, ni el buen ejemplo, y menos aun un gran talento, puede reemplazar o suplir la vigilancia. Por muy santo que sea un maestro, si descuida la vigilancia, sus alumnos se pervertirán; sus enseñanzas y cuanto le haya inspirado su celo resultará inútil. Su deber primero y más importante es, pues, ejercer vigilancia continua sobre los niños, una vigilancia que aleje de ellos el peligro para su virtud, cuanto pudiera ser una trampa para su inocencia; en definitiva, una vigilancia que impida totalmente el mal.

Sólo así podrá ser útil a los niños una escuela de Hermanos. Y si, por falta de vigilancia, llegara a ser la tumba de su inocencia en vez de protección y refugio, más valiera que esos tiernos niños no hubieran puesto nunca los pies en ella.”

Para cumplir bien el deber de la vigilancia<sup>22</sup>, el Padre Champagnat ordena que los Hermanos no dejen nunca solos a los niños, y, por tanto, que no salgan del aula. Si durante la clase alguien pregunta por un Hermano, hágase saber al interesado que no puede dejar a los niños; y que si desea hablar con él, que venga, por favor, en otro momento.

Esta norma suscitó viva polémica y fue motivo de numerosas protestas. Muchos Hermanos consideraban que era difícil negarse a salir un instante para atender a un padre o una madre que llega de lejos para informarse sobre su hijo o pagar la mensualidad. El buen Padre, sin embargo, se mantuvo inflexible; cientos de veces pulverizó las razones, más plausibles que sólidas, que le aducían.

Entre otras cosas, decía: “El tiempo de clase no es vuestro ni de las personas que os visitan: pertenece a vuestros alumnos. Por eso no podéis disponer de él ni perderlo sin perjudicarlos y cometer injusticia. Mirad que en este aspecto el asunto puede llegar a ser grave. Imaginemos que dejáis el aula durante unos cinco minutos. Pues bien, esos cinco minutos, multiplicados por los cuarenta o cincuenta alumnos que tenéis, suponen tres o cuatro horas que les hacéis perder.

¿Creéis que eso es tan poca cosa como habíais pensado? Ese pequeño lapso de cinco minutos basta para que el enemigo arroje en vuestra clase una chispa capaz de originar un incendio. Así considerada, vuestra falta es aun mucho más grave.”

El gran argumento de los Hermanos era que no se podía despedir a personas de cierta posición social, ni a los que venían de lejos: se sentirían ofendidos. Les contestó el Padre: “Nadie puede echaros en cara que seáis fieles a la Regla y que cumpláis vuestro deber. Al contrario, los padres verán complacidos vuestra asiduidad en estar al frente de sus hijos; quedarán edificados de vuestra abnegación y entrega a su educación. Y aunque el cumplimiento de esta norma sea motivo de algunas quejas (que yo no acepto, si habéis avisado a los alumnos para que sus padres no vengan durante el tiempo de clase), tal inconveniente es cien veces menor que dejar solos a los niños. Conozco una clase en que por haberse ausentado el maestro durante unos minutos, el vicio que ya se había apoderado del corazón de un muchacho, se propagó y su veneno alcanzó a todos los demás.”

\* \* \*

Durante los recreos<sup>23</sup>, los Hermanos tienen que estar con los niños para animar sus juegos, ver lo que hacen, oír lo que hablan y ser testigos de todo. En la iglesia y durante las celebraciones litúrgicas no deben perderlos de vista, ni dejarlos solos ni siquiera para cantar o ayudar a misa, a no ser que haya Hermanos suficientes para atender y vigilar a todo el grupo. En una palabra, los alumnos deben estar siempre vigilados mientras estén con nosotros. Y los Hermanos han de cumplir personalmente con este deber y no confiárselo a un monitor de confianza, a no ser por razones graves.

Finalmente, el piadoso Fundador consideraba tan importante el deber de la vigilancia, que llegó a decir que negaría la comunión al Hermano que, sin razones poderosas y sin haberse hecho sustituir, abandonase a sus alumnos durante la clase, en el recreo o en cualquier otro momento en que estén bajo su responsabilidad.

Ejerciendo estricta vigilancia sobre los niños y manteniéndolos siempre ocupados –añadía–, un Hermano puede estar seguro de que hace un bien real y de gran utilidad para todos los alumnos de la escuela:

1. Conserva la inocencia de los pequeños y a menudo consigue que lleguen a la primera comunión sin haber cometido faltas graves.

2. Hace evitar a todos muchos pecados. Efectivamente, los niños que se hallan abandonados a su propia suerte, se emancipan con suma facilidad y, a menudo, sin darse cuenta, siguen las malas inclinaciones de la naturaleza, los malos ejemplos que presenciaban, y se dejan arrastrar por un sinnúmero de faltas que ni se les ocurriría cometer si estuviesen bajo la tutela de un buen Hermano.

3. Impide la propagación del mal, sofoca los malos pensamientos en el corazón mismo de los chicos viciosos y los obliga a refrenar sus malas inclinaciones y, a veces, a luchar contra sus pasiones, a pesar suyo.

4. Acostumbra a los niños al trabajo, a la aplicación; los mantiene en el sosiego y recogimiento, disponiéndolos a aprovechar de la enseñanza religiosa.

5. Conserva la disciplina en la clase, garantiza los adelantos de los alumnos y, con ello, la prosperidad del centro.

Pero, no hay que forjarse ilusiones, la vigilancia es un deber muy costoso. Para desempeñarlo adecuadamente se necesita celo, circunspección, asiduidad, exactitud, constancia: virtudes que sólo se hallan en Hermanos que poseen gran espíritu de sacrificio, de entrega, que saben sacrificar sus gustos y descanso en aras de la gloria de Dios y la santificación de los niños.”

---

<sup>1</sup> Circular del P. Champagnat a los Hermanos, de 10 de enero de 1840, sobre la organización de conferencias pedagógicas (LPC 1, doc. 313, pág. 567).

<sup>2</sup> Carta del Rdo. Sr. Bartolomé Artru, párroco de Peaugres, de 7 de septiembre de 1835: “Desde siempre me di cuenta de la necesidad de ofrecer a los niños de mi parroquia una educación mejor que la que se había venido impartiendo hasta el tiempo en que yo realicé mis estudios. Ni los pedagogos saboyanos que venían durante el invierno a dar unas cuantas lecciones de cálculo y caligrafía, ni los secuaces hipócritas de la Escuela Normal acababan de satisfacerlos... Por fin, en 1833, llamé a los Hermanos... Su escuela ha conseguido un éxito clamoroso en mi parroquia. Fueron suficientes unos meses para desvanecer las reticencias de ciertas personas. Y argumento manifiesto del bien que realizan es la presteza con que las familias, no ya de mi parroquia, sino de las contiguas, les confían sus hijos” (AFM 129.15). Cfr. LPC 2, pág. 56.

<sup>3</sup> “Anualmente, por las mismas fechas (vacaciones), traerán una hoja que contenga muestras de la escritura de los niños al comienzo y al final del curso escolar. El Hermano Director de la escuela más próxima confirmará su autenticidad cotejando dichas muestras con la escritura del cuaderno de caligrafía de las mismas épocas y comprobando que coinciden con las características del alumno en cuestión” (Regla de 1837, cap. X, art. 4, pág. 63).

<sup>4</sup> “Existe un Hermano primer Director por distrito. Él es el responsable de velar sobre todos los Hermanos pertenecientes a su demarcación” (Regla de 1837, cap. III (2), art. 15, págs. 30-32).

<sup>5</sup> “Natural del cantón de Saint-Genest-Malifaux (Loira), conseguí aprender a leer y escribir con enorme dificultad. Por eso me di cuenta personalmente de la urgente necesidad de fundar una Sociedad que, con menor costo, pudiera brindar a los niños del campo la calidad de enseñanza que los excelentes Hermanos de las Escuelas Cristianas ofrecen a los de las ciudades” (Carta al rey Luis Felipe, LPC 1, doc. 34, págs. 98-104. También al ministro de Instrucción Pública, LPC 1, doc. 159, págs. 306-312).

<sup>6</sup> La circular del 11 de noviembre de 1916 anuncia la 42.ª edición de este tomo (CSG XIII, pág. 426).

<sup>7</sup> “Bajo la Restauración, y hasta 1839, prevaleció la idea de distribuir a los niños en dos aulas de distinto nivel: la “clase elemental”, con los niños que aprendían a leer; y la de los “mayores”, en la que, además de la lectura, se impartía también caligrafía y cálculo. Eran, pues, imprescindibles dos maestros por escuela y un número suficiente de alumnos” (P. ZIND, SMC, vol. 2, pág. 77 y *Présence Mariste*, n.º 151).

- <sup>8</sup> En una carta al Hermano Eutimio, de 19 de marzo de 1832, el P. Champagnat destaca la importancia de la “clase elemental” (LPC 1, doc. 102, pág. 223 y cuaderno 4, pág. 33, AFM 0132.4014 d.).
- <sup>9</sup> “Carta a Leta”, trad. Charpentier. Éd. Garnier, 1936, Cartas de SAN JERÓNIMO, tomo 2, pág. 61. BAC 220, 235.)
- <sup>10</sup> Véase más arriba, nota 7.
- <sup>11</sup> El H. Juan Bautista escribe “mode” por método. El método mutuo y el método simultáneo (P.ZIND, Siguiendo las huellas del P Champagnat, vol. 2, páginas 76-77 y Présence Mariste, n.º 151 y n.º 152).
- <sup>12</sup> Cfr. Capítulo XVII, nota 5.
- <sup>13</sup> En la solicitud oficial de reconocimiento legal de 15 de enero de 1825, el programa incluye ya el “canto litúrgico” (OME, doc. 34 (2), pág. 103).
- <sup>14</sup> “Con la enseñanza del canto a los alumnos y aficionándolos a las celebraciones litúrgicas, los Hermanos prestarán un servicio inestimable a las parroquias y a los señores párrocos y contribuirán en buena medida a la solemnidad de los oficios y a la edificación de los fieles” (Guide des Écoles à l’usage des Petits Frères de Marie, parte cuarta, cap. IX).
- <sup>15</sup> Si 33, 28.
- <sup>16</sup> Los Hermanos “se impondrán la obligación de usar la palabra exclusivamente cuando la chasca no sea suficiente para darse a entender” (Le Guide des Écoles, parte segunda, cap. IX, secc. 4) Y también Présence Mariste, n.º 151 y SMC, tomo 2, pág. 76.
- <sup>17</sup> Pr 13, 24; Pr 23, 13-14; Si 30, 1.
- <sup>18</sup> “Diferirán el castigo de las faltas graves para el comienzo de la clase siguiente. Se puede empezar por mandar al culpable que aprenda unas líneas de memoria” (Regla de 1837, cap V, art. 20, pág. 43).
- <sup>19</sup> “El puntero que se utiliza para señalar los paneles de lectura y aritmética estará atado por uno de sus extremos” (Regla de 1837, cap. V, art. 28, página 45).
- <sup>20</sup> Lc 12, 32; 1 P 5, 2.
- <sup>21</sup> 1 P 5, 8.
- <sup>22</sup> “Mientras los alumnos permanezcan en el centro, deben estar acompañados. Los Hermanos ejercerán siempre por si mismos esta obligación. Y si por serios motivos se vieren obligados a ausentarse, se asegurarán de que les sustituya alguien de confianza” (Regla de 1837, cap. V, art. 21, pág. 43). “No atenderán a los padres durante el tiempo de clase, y hagan saber a quienes soliciten verlos, que no pueden abandonar a los niños, rogándoles que vengan en otro momento”. (Reglas Comunes de 1852, parte tercera, cap VII, art. 8, pág. 111).
- <sup>23</sup> Ni siquiera durante el recreo deben ser los Hermanos demasiado familiares con los niños, ni jugar con ellos, a no ser para animar el juego. Evitarán asimismo entretenerse hablando en un corrillo para no distraerse y para que no sufra menoscabo la vigilancia general” (Reglas Comunes de 1852, parte tercera, cap IV, art. 9, pág. 98).